

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
815

SANTORAL

- Dom. 31 **Sexagésima.** San Pedro Nolasco y los mártires
Ciro, Juan, Saturnino y Víctor.
- Lun. 1 Santos Ignacio de Antioquía y santa Brígida vg.
- Mari. 2 **La Purificación de la Virgen María.** Santos
Cornelio y los mártires Fortunato, Feliciano y
Cándido.
- Miérc. 3 San Blas obispo, Celerino diác. y los mártires
Sinfronio e Hipólito.
- Juev. 4 San Andrés Corsino y los mártires Aquilino y
Donato.

- Viern. 5 Santa Agueda virgen, Albuino ob., e Isidoro mr.
- Sáb. 6 Santa Dorotea virgen y los mártires Teófilo y
Saturnino.
LUNA NUEVA a las 9 y 16 a. m.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 6, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 2 de que es Celadora doña Angelina G. de Carazo.—
María Santísima es: «Inefable y sumo dechado. De todo el mundo es elegida una Virgen de virtud y encumbramiento tales cuantos eran menester para alcanzar aquel mérito conveniente para dar en su seno digna acogida al Hijo de Dios».
(San Agustín)

Domingo IV después de la Epifanía

Evangelio según San Mateo—Cap. VIII, vs. 23-27

En aquel tiempo entró Jesús en una barca acompañado de sus discípulos: y he aquí que se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las ondas cubrían la barca; mas Jesús estaba durmiendo. Y acercándose a él sus discípulos le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Díceles Jesús: ¿De qué teméis, oh hombres de poca fe? Entonces, puesto en pie, mandó a los vientos y al mar que se apaciguaran; y siguióse una gran bonanza. De la cual asombrados todos los que estaban allí se decían: ¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?

Aplicación moral

El Evangelio de hoy se resume en dos palabras: tempestad y bonanza: tempestad en el mar y tempestad en el corazón de los discípulos, a la cual sigue doble bonanza, no menos en su corazón que en las olas del mar. ¿Quién no padece alguna vez tempestades, exteriores o interiores? ¿Y quién, en medio de las olas alborotadas, no desea la bonanza? La parte que la poca fe de los discípulos tuvo en la tempestad y en la bonanza puede ser para nosotros una lección provechosísima que robustezca nuestra fe: fe, que o impida la tempestad, o adelante la hora de la bonanza.

Esta «poca fe» es un término medio entre la carencia de la fe y la perfección de la fe. Si la de los discípulos hubiera sido perfecta, no se hubieran alborotado de aquel modo; en cambio si no hubieran tenido alguna fe, no hubieran acudido, como acudieron, a Jesús por remedio. Según esto, tres pueden ser las disposiciones de los hombres respecto de la fe: carencia de fe, perfección de la fe, y una medianía de fe débil e imperfecta: dos extremos y un término medio. Será útil a nuestro espíritu considerar más particularmente la parte que tienen estas disposiciones respecto de la fe para levantar o sosegar las tempestades del corazón.

¿Qué hubiera sido de los discípulos, si en medio de aquella deshecha tormenta no hubieran

tenido fe, y consiguientemente no hubieran acudido a Jesús? Hundida la barca en el mar, hubieran perecido irremisiblemente. En las tormentas del espíritu, en las tentaciones, en las tribulaciones y pruebas, que nunca faltan en esta vida, el hombre sin fe necesariamente perece. La razón es clara. Sin el socorro de Dios el hombre naufraga: y Dios, de vía ordinaria, no socorre sino a quien acude a él. Y ¿cómo acudirá a Dios, como conviene, quien carece de fe? La oración, tomada en sentido más general, es el instrumento o condición necesaria de parte del hombre para que Dios realice en él los amorosos designios de su benéfica providencia. Y sin fe no hay oración. Por eso son desventurados aquellos necios que rechazan la fe. Que Dios a todos llama: pero no todos responden al llamamiento divino. Y lejos de la luz divina, no hay sino tinieblas; lejos de la vida, reina la muerte y muerte eterna.

Por el contrario, los que poseen la perfección de la fe caminan por la senda de la luz y de la vida. Si los discípulos hubieran tenido fe cabal y perfecta en Jesu-Cristo, en su divina penetración, bondad y omnipotencia, no se hubieran alborotado, como se alborotaron, con la tempestad. Y en el mundo espiritual, la fe perfecta o impide que se levanten las tempestades, o las deshace, o por lo

menos hace que el hombre las arrostre o resista sin peligro o detrimento de su espíritu. Y también aquí es clara la razón. Porque la fe, cuando ha alcanzado su perfección, como va acompañada e informada de la caridad, une al hombre perfectamente con Dios, principio de la luz, de vida y de fuerza. Y arremido a Dios, el hombre todo lo puede.

LOS HOMBRES TIENEN LA CULPA

¿Que las mujeres tienen la culpa?... No haga usted caso; la tienen los hombres.—En una reunión católica se trataba de los escotes, y se echaba en cara a las mujeres su vanidad, su ligereza, su rebeldía.

Y salí yo de la asamblea y me encontré con una mujer de talento que me dijo:

—Han estado ustedes declamando contra las mujeres, como si ellas tuviesen la culpa de la indecencia con que visten. Y no diré que no tienen ellas mucha culpa; pero también le añadiré que mucha más culpa que ellas tienen los hombres.

—¿Pues?...

—Pues porque si los padres y los maridos y los hombres de casa se impusiesen y no dejasen andar tan desenvueltas a las mujeres, éstas no tendrían más remedio que cubrirse su desnudez. ¿Por qué las dejan andar así? Yo no lo entiendo, sobre todo en los maridos...

—Veo que tiene usted razón.

—¿Que si la tengo? Oígame usted. Yo conozco a muchos maridos, amigos de la Iglesia, buenos cristianos, honrados y muy decentes, cuyas hijas y mujeres andan excesivamente escotadas, y ellos nada les dicen... En cambio, conozco un marido harto despreocupado en religión, y que frecuenta bien poco la Iglesia, el cual de ningún modo tolera que su mujer ande escotada. Y dice:—A mí, sí, me gusta que las mujeres de otros anden así ¿por qué negarlo?... Pero por eso mismo no quiero que ande así la mía. No quiero que los demás anden mirando a mi mujer de esa manera.

Este hombre no será bueno... Pero es listo.

Los hombres tienen la culpa porque olvidan.—Hablando del baile, Pereda en un artículo, si cruel, no menos verdadero, expresaba valientemente cómo no comprendía que los maridos dejasen bailar a sus mujeres. Y entre otras cosas, que yo ni me atrevo a estampar aquí, por lo duras que son, decía:

«Una observación en honor del hombre culto.—No hay padre ni marido que repare en enviar sus hijas y su mujer al baile; pero la sociedad se escandaliza el día en que una soltera atraviesa sola de acera a acera la calle en que vive.

«Fundándome en mejor lógica, establecería yo la siguiente

«Jurisprudencia.—Los padres y los maridos que proveen los bailes con sus hijas y sus mujeres, no tendrán derecho a ampararse a las leyes de la justicia ni del honor, en los casos de agravio... de mayor cuantía; se les negará la sañ y el fuego, y con un cencerro al cuello expiarán su estupidez... de baile en baile».

Y no podría decirse algo parecido de los padres y maridos que dejan a sus mujeres andar tan escotadas?

Y ¿después os admiráis de que haya tantos maridos infieles, tantas mujeres impúdicas, tantos jóvenes libertinos, tanto vicio y tanta enfermedad? La ola de carne y de sensualidad se desborda y llena el ambiente del veneno de la concupiscencia ¿y queréis que no estén envenenados vuestros jóvenes, vuestros amigos, vuestros esposos? Vuestras esposas, hijas y obreras tientan e incitan ¿y queréis que no sean tentadas y expuestas?

Los hombres tienen la culpa porque dibujan.—Porque dibujan y graban indecencias en todas las revistas y grabados que corren por todas partes, sin protesta de ninguna clase.

Los hombres tienen la culpa porque leen.—Porque admiten esas revistas y las dejan en manos de sus mujeres e hijas con plena libertad. Y ellas ven cada semana una, dos, tres de estas revistas y en ellas cien grabados de mujeres casi desnudas y alabadas. ¿No han de vestir como visten las que son tan alabadas?...

Los hombres tienen la culpa porque escriben.—Porque escriben historias y anécdotas indecentes de mujeres de la vida banal y de la baja moralidad humana, y las escriben con delectaciones amorosas y alabanzas villanas de sus artes mundanas y carnales excelencias.

Los hombres tienen la culpa porque aguantan.—Porque aguantan que las mujeres de sus familias salgan como salen. No me permitiré yo describirlo. Lo saben mejor que yo todos ellos y todas ellas, y no hay nadie que hablando en serio no confiese ante mí y ante cualquiera que semejantes vestidos son una indecencia.

Los hombres tienen la culpa porque gustan.—Porque como gustan de que las mujeres de otros anden como andan, no tienen más remedio que consentir que las mujeres propias imiten a las ajenas.

Los hombres tienen la culpa porque autorizan.—Porque en sus casinos, en sus salones, en sus fiestas autorizan y alaban estas maneras de vestir que condenan cuando después están con personas serias y de prudencia.

¡No hay fiestas en que no veamos salir escandalizados (¿por qué van?) a no pocos de los que asistieron a ellas, de la licencia en el vestir que tenían las damas!

¡No se puede usted figurar cómo estaban los palcos en la corrida! ¡No se puede usted formar idea de cómo estaba el teatro! ¡No se puede usted imaginar cómo estaba el salón de baile!

Y tan no se puede uno imaginar como que estoy seguro de que si yo escribiese aquí en términos sencillos lo que se dice con discreción y se ve con peligro, se escandalizarían muchos de que me atreviese a describir con la pluma lo que no se escandalizan de ver en la realidad ¡y no faltaría madre y padre que dijese que yo abría los ojos a la inocencia!

El caso es que son los hombres los que suelen venir diciendo frases más duras y severas contra las señoras, los que las censuran y muerden con más ahinco...

Pues, señores hombres, caballeros decentes, ¿no sois vosotros los maridos presentes o futuros de esas señoritas o señoras? ¿No sois vosotros los padres y hermanos de esas mismas que reprendéis?

Parodiad aquí una composición no poco picaresca de Alarcón, y aplicad a la modestia lo que escribe de una colección de feas.

—¿Quién es aquella que está en aquel palco tan inmodestamente vestida?

—¿Aquella de delante? ¡Caballero! Es mi mujer.

—No; la otra, la de al lado.

—Caballero, es mi hija.

—No digo ésa; a ésa ya la conozco; la del otro lado.

—Esa es mi madre.

—Por Dios, no me entiende usted. En el otro palco.

—Esas son mis hermanas y mis primas.

—Pues ¡vaya una familia tan desenvuelta que tiene usted! ¡Y pensar que usted tiene la culpa de tolerar todo eso!...

R., s. j.

VIDA INTELECTUAL DE LOS MORADORES DE LA CIUDAD DEL BIEN

La verdad es el alimento de la inteligencia. Cuanto más y mejor entiende el hombre, más se enriquece y vigoriza el alma. Por esto los que moran en la ciudad del bien son más ricos y dichosos, porque entienden más y mejor lo que les conviene.

Por dos vías o arroyos llegan a estos habitantes las fuentes de la verdad: la razón y la fe; fuentes que no se oponen o pugnan entre sí como los falsos sabios imaginan, sino que se ayudan y abrazan como buenas hermanas derivadas del océano inmenso de la verdad increada que es el mismo Dios. Son como el lumínar mayor y menor que ilumina la ciudad del bien.

¿Y qué cosas principalmente aprenden y conocen nuestros ciudadanos?

Si entras en alguna escuela de esta ciudad y preguntas al más tierno parvulillo ¿quién es Dios? luego al punto te responderá con argentina voz y sin titubear que Dios es espíritu perfectísimo, omnipotente, principio y fin de todas las cosas, infinito, criador del cielo y de la tierra. Te dirá que Dios es todo bondad, que premia a los buenos y castiga a los malos. Te dirá, en fin, cosas tan buenas y tan altas de Dios, que en menos de media hora habrás aprendido de sus labios infantiles muchísimo más y mejor que en todo un curso de filosofía en las escuelas de los más afamados maestros del gentilismo.

¿Y quién duda que el verdadero conocimiento de Dios es el principio de todos los conocimientos? Quien no sabe lo que es Dios, ni tiene idea de él, ¿qué es lo que sabe?

Y quien no se conoce a sí mismo, de dónde viene, a dónde va y por qué está en el mundo, ¿qué es lo que sabe? Pues esto en la ciudad del bien se sabe perfectísimamente.

Aquí nadie ignora que el hombre es un ser criado que consta de alma y cuerpo.

Es criado, porque antes no existía y no se dió ni pudo darse a sí mismo la existencia. Y como él no se la dió, tampoco se la dieron a sí mismos los que antes de él existieron; por manera que subiendo de escalón en escalón hasta llegar al primer hombre, nos hemos forzosamente de parar aquí, porque antes del primero no hay otro. Y hemos de concluir que pues el primer hombre no pudo hacerse a sí mismo, necesariamente le hizo otro, es decir, Dios.

Está el hombre compuesto de alma y cuerpo: el alma es el espíritu, materia el cuerpo; el alma, dotada de inteligencia y de libertad, responsable de sus acciones, es inmortal e imperecedera. Dios la conservará eternamente para darle el premio o castigo que merezca.

¡Oh, cuánta luz arrojan estas verdades! Si el alma es espiritual, ¿cómo la han de saciar las cosas materiales y caducas de la tierra? Si el alma ha de recibir el premio o castigo que merezca ¿cómo viven los hombres olvidados de su fin?

¡Oh! no; en la ciudad del bien no cabe tal olvido. Aquí todos saben que el hombre está de paso en este mundo; que la vida es un viaje hacia la eternidad, campo de batalla donde se alcanzan victorias, y tras las victorias triunfos; porque nadie será coronado sino el que pelear y vencié en buena lid; la vida es palestra de virtudes con las cuales se alcanza el cielo, patria feliz a donde Dios nos convida y llama y para la cual hemos sido criados.

Hermanos nuestros son los que viven en el cielo, y desean que se complete con los que suban allá el número de los que han de formar hasta el fin de los siglos la ciudad de los bienaventurados.

VIDA INTELECTUAL DE LOS HABITANTES DE LA CIUDAD DEL MAL

Es digno de notarse el contraste que ofrece la agitación de la ciudad del mal con la anemia intelectual de sus moradores.

Y esa agitación no es solamente de los cuerpos, sino también de los espíritus. Hay moyimiento, hay trabajo, hay estudio. A muchos los devora el ansia de saber. ¿Pero cuál es el resultado final de esas investigaciones? ¿Adónde tienden tantos esfuerzos?

Oye a los sabios y periodistas de la ciudad del mal gritar a grito pelado: luces, progresos, civilización. Pero ¿cuál es el sentido de todas estas palabras pomposas?

Ni me digan por ahí para justificar sus asertos y demostrar los adelantos científicos de la ciudad del mal lo mucho que en el imperio de la materia ha progresado el hombre, los prodigios del vapor y de la electricidad, porque te diré, en primer lugar, que estas conquistas realmente no le pertenecen, pues no eran ciudadanos de la ciudad del mal los que más han contribuido al descubrimiento y progreso de esos inventos y ciencias, sino ciudadanos de la ciudad del bien, católicos prácticos, y algunos, por más señas, sacerdotes o religiosos; te diré, en segundo lugar, que los impíos que en estas ciencias y estudios se han señalado y distinguido, se han distinguido y señalado en ellas, no en virtud de su impiedad, sino a pesar de su impiedad, y porque Dios, a pesar de la ingratitud y maldad de sus corazones, no quiso quitarles el talento que él mismo les había dado para que usasen bien de él; y te diré, en tercer lugar, que damos demasiada importancia a ese progreso material y maravillas de la industria.

Por lo demás, la verdadera inteligencia consiste en leer la idea en el hecho, en ver la causa en el efecto o fenómeno; y no precisamente esa causa inmediata que se descubre a la simple vista en cualquier hecho, sino la verdadera causa, la causa primera y el objeto final. Y esto, créame, no se conoce fuera de la ciudad del bien.

Hablar de las causas del mundo, hablar de Dios y de los ángeles, hablar del orden sobrenatural al que mora en la ciudad de las tinieblas, es hablarle de abstracciones y quimeras; no entiende jota de esto, y por no confesarse estúpido caerá en mayor estupidez todavía: lo negará todo.

¿Qué será si le hablas de la intervención permanente, universal y eficaz del mundo superior? No te entenderá, y porque no te entiende te desprecia. No te maravilles de su desprecio: es estúpido y orgulloso.

Bajando de esas alturas, querrás tal vez departir con él acerca del alma inteligente e inmortal que vivifica e informa nuestro sér; le dirás que esta alma, criada a imagen de Dios, rescatada con la sangre del Verbo hecho hombre, está destinada a una bienaventuranza o infelicidad eternas; le dirás que el único negocio importantísimo del hombre es salvarse... Al oír esto, o duerme o bosteza; no entiende, se queda como estúpido.

Si te empeñas en poner ante sus ojos las maravillas de la gracia, los portentos del poder, sabiduría y amor que llenan de admiración los mayores ingenios de la tierra; si le lees libros de piedad o filosofía cristiana, el pobre hombre se cansa y fatiga, y mucho será si no te deja con la palabra en la boca. No entiende nada de esto.

Pero muda tú de conversación, vuelve la hoja y háblale de dinero, del comercio, del vapor y electricidad, de máquinas, carbón de piedra, algodón, remolacha, ganados, abonos, producción y consumo... Has tocado un resorte mágico: el hombre despierta, sus ojos centellean, te escucha sin perder sílaba. Has tocado la cuestión vital de su filosofía: el dinero y la puchera. Para él no hay otra cuestión en el mundo, es lo único que le preocupa y en lo que entiende.

Se cumple el vaticinio del profeta: «Olvidando su dignidad, el hombre se ha comparado con los brutos irracionales y se ha hecho semejante a ellos».

Esta es la vida intelectual de los ciudadanos que viven en la ciudad del mal.

REITERACION DE ACTOS PIADOSOS

Manda, Señor, y ordena
Sin límite ni modo:
Tú sabes, Santo Dios, que estoy dispuesto
A obedecerte en todo.
Atomó imperceptible
Entre los seres que creó tu mano,
¿Como yo resistirte pretendiera,
Cuando tus santas órdenes acata
La creación entera?
Habla, pues, y dispón: una voz tuya,
Una simple señal, una mirada,
Menos que eso, oh mi Dios, es suficiente
Para que el alma humilde y reverente
Tu santa voluntad tome por guía;
Que eres tú mi Señor, y yo tu esclavo
Y el mando es tuyo, la obediencia mía.
Desde mi tierna infancia
Mi madre, Eterno Dios, tu nombre santo



Me enseñó a bendecir, y desde entonces
Ni a la luz me levanto,
Ni a mi lecho me voy, sin que mi boca
Te ensalce y te bendiga
Y mi ferviente gratitud te diga:
Que tú mi gloria eres,
Y en todo mi salud y bien ordenas,
Ora me envías penas,
Ora me des placeres.
Por eso he de loarte
En el gozo, Señor, y en la desdicha;
Pues con tal de gozarte
En las mansiones de la eterna dicha,
Yo mis dolores sufriré, Dios mío,
Con esperanza tal el pecho absorto,
Que no me aflige padecer tan corto,
Si ha de acabarse en el sepulcro frío.

VANIDADES—AFEITES

Una dama arrugada por los años, decía a otra para descubrir su fingida juventud: «¡Qué bien pintada está Ud., amiga mía! parece Ud. una joven.»

«Si pudieran parecerlo todas las que quieren ocultar sus años», respondió la otra, «también Ud. lo parecería.»

¡Vaya, debilidad mujeril!

Quisierais tal vez engañar al tiempo con vuestros afeites y *col-cream*; pero, ¡ay! que a la muerte no se le engaña tan fácilmente.

Ella os cogerá, aunque sea entre frescuras y perfumes; y ¡desdichado quien no lleva a la otra vida más que las vanidades de este mundo!

UN AVARO—LA LIMOSNA

A un avaro muy rico se le acerca un pobre y le pide una limosna.

«No acostumbro hacer limosna en público», dice el avaro, «porque no crean que hago ostentación de mi riqueza. Ahí tiene Ud. las señas de mi casa.»

¡Y le da la tarjeta de un amigo!

¡Ay del que teniendo cómo hacer limosna, niega al hambriento un pedazo de pan!

Ese mendrugo, ese ochavo lo niegan al mismo Hijo de Dios, que tiene por hecho para sí cuanto se hace por el más pequeño y desheredado de la fortuna.

¿Y quién negaría una limosna a este Dios, al cual debemos todo cuanto tenemos?

SUPERSTICIONES—LA VOLUNTAD DE DIOS

En un banquete observa Gedeón que son trece a la mesa.

«¿Teme Ud. alguna desgracia?» le preguntan.

«¡Ya lo creo!»

«Eso es una preocupación estúpida», le dice uno de los comensales.

«No hay que reírse, señores. ¡Ya verán Uds., cómo uno de los presentes morirá antes que los demás!»

¡Vaya, qué pedazo de cretino!

Así son, más o menos, todos los que creen o afectan creer en las mil y una supersticiones del vulgo. ¡Mentes apocadas, almas de cántaro!

Recordadlo bien: todo acontece por la soberana voluntad de Dios; y no cae hoja del árbol sin que lo quiera Dios.

MODO DE PLEITEAR—EL TRIBUNAL DE DIOS

Prometió un abogado a un labriego, que si le daba un doblón le enseñaría a pleitear de modo que siempre venciese.

Ofreciósele el labrador, y el letrado le dijo: «Niega siempre, y vencerás siempre.»

Pidió luego el doblón, mas el labriego contestó: «Niego haberlo prometido.»

«Ese remedio no sirve para mí.»

«Entonces no debo pagar, puesto que no gano siempre.»

«Pues, hijo, sabes más letras que yo.»

No tratéis jamás de engañar al prójimo; porque tarde o temprano se os engañará a vosotros mismos.

Y si a veces las marañas no llegan a desembrollarse en este mundo, pensad en que todo se desenmarañará ante el tribunal de Dios.

Quien engaña al prójimo, trabaja para su propio daño. Hace lo que el gusano de seda, que va desenrañando esos hilos de oro con que labra su dorada cárcel.

Porque tras la persona del prójimo hay que ver siempre a un ser invisible que juzga todos nuestros actos, a un ojo escudriñador que lee en los pliegues más ocultos del alma, a esa mano misteriosa que en las paredes de la sala del festín escribió esas fatídicas palabras: *Mane, Thecel, Phares*.

LOS LIBROS FRIVOLOS—UNA BUENA LECCION

Un pobre hombre era muy aficionado a la lectura de libros frívolos.

Cierto día le reconvino su esposa por esta mala costumbre.

«No te inquietes por eso», contestó: «¿qué mal crees tú que me puedan hacer? Yo me olvido al poco tiempo de haberlos leído.»

«Papá», le dijo su hija que estaba escuchando la conversación, «¿qué comimos el domingo pasado?»

El padre, sorprendido, no sabía qué responder, y concluyó con decir que no se acordaba.

«Bien está», exclamó la hija, «no os acordáis, y sin embargo, esa comida os alimentó.»

Esa sencilla réplica hizo sonreír al padre. Abrazó a su hija, y desde entonces renunció a lecturas funestas y perniciosas.

UNA PRUEBA

Un amigo asaz importuno encuentra a otro amigo en la calle y exclama: «Voy a darle a Ud. una prueba de confianza, pidiéndole un duro.»

«¡Hombre! ¿y a eso llama Ud. dar?»

No hay nunca que abusar de la bondad de nuestros amigos.

Algunos parece que comprenden la amistad de un modo muy extraño. Según ellos, la amistad se podría definir: el derecho de importunar al amigo, siempre y cuantas veces a uno se le antoje.

Decía un sabio griego: en todas las cosas se necesita moderación.

Imp. EL HERALDO, Cartago